

temológica» y de la ruptura con el conocimiento espontáneo ha justificado una producción excesivamente clausurada sobre sí misma, que ha ido generando disciplinas especializadas, muy consolidadas, pero no excesivamente trascendentes. Nos hemos acostumbrado con exceso de complacencia a investigaciones muy controladas dentro de fronteras que delimitan campos de investigación proto-paradigmáticos, que pretenden ocupar ubicaciones muy reconocibles, pero que alcanzan logros un tanto limitados. Este libro es una invitación a transitar fuera de esas fronteras a la búsqueda de descubrimientos que ni siquiera somos capaces de imaginar desde nuestras posiciones cotidianas.

Luciano MIGUEL GARCÍA

## BIBLIOGRAFÍA

- Cea d'Ancona, M. Á. (1998): *Metodología cuantitativa. Estrategias y técnicas de investigación social*, Madrid: Síntesis.
- Corbetta, P. (2007): *Metodología y técnicas de investigación social*, Madrid: Mc Graw Hill.
- García Ferrando, M., Jesús Ibáñez y Francisco Alvira (1986): *El análisis de la realidad social*, Madrid: Alianza Universidad.
- Gordo López, A. y Araceli Serrano (coords.) (2008): *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*, Madrid: Pearson Prentice Hall.

---

## *Foucault y la política*

**José Luis Moreno Pestaña**

(Madrid, Tierra de Nadie Ediciones, 2011)

Bajo el sugerente título de *Foucault y la política*, José Luis Moreno Pestaña se embarca en un vibrante recorrido por la trayectoria vital e intelectual del filósofo francés. Este itinerario tiene a mi juicio como finalidad responder a tres preguntas esenciales: primero, ¿es posible dotar de sentido las sucesivas tomas de posición política de Foucault haciéndonos cargo de sus aparentes contradicciones?; segundo, ¿en qué términos la apuesta filosófica de Foucault nos ayuda a comprender eso que llamamos «política»?; y finalmente, ¿es posible reivindicar hoy desde una política de izquierdas algunas de esas aportaciones del filósofo francés?

Creo que estas preguntas tomadas de manera conjunta poseen la virtud de articular un programa de investigación, delimitado pero susceptible de aplicarse sobre una vasta realidad empírica. Este cuestionario podría destinarse a todo autor cuya trayectoria política haya conocido giros o altibajos, cuya obra haya tomado la política como tema de reflexión y cuya figura y pensamiento hayan sido reivindicados en algún momento por la izquierda. Los casos son innumerables. Solo por esta apuesta metodológica el libro de Moreno Pestaña gozaría de interés para un amplio público académico. El hecho de que el objeto de estudio sea Michel Foucault —sobre el cual el autor ya ha publicado una versión en francés de este libro que ha generado un interesante debate en el Hexágono (Foucault, *La gauche et la politique*, París, Textuel, 2011) y el penetrante *Convirtiéndose en Foucault. Sociogénesis de un filósofo*— re-

dunda en este sentido. El contexto histórico y político en el que se publica este trabajo amplía el interés que pueda tener hacia un público no exclusivamente académico.

El relato que hilvana el autor sigue un orden cronológico y la respuesta a las tres preguntas a las que me refería anteriormente se ofrecen imbricadas en el análisis de la trayectoria del filósofo de Poitiers. No se trata de una elección retórica o de un mero guiño estético al lector. Para comprobarlo, retomemos la primera pregunta que articula el programa de Moreno Pestaña: ¿cómo dotar de sentido las sucesivas tomas de posición política de Foucault sin hacer dejación de las contradicciones que aparentemente presentan? Esta pregunta remite a dos cuestiones metodológicas fundamentales: por un lado, ¿desde qué enfoque es posible una reconstrucción que dé cuenta de la complejidad de las trayectorias intelectuales?; por otro lado, ¿en qué términos cabe tematizar la relación que guarda la filosofía con la política?

José Luis Moreno aborda de forma explícita estas cuestiones en los dos primeros capítulos. Por razones obvias, los intelectuales tienden a racionalizar las trayectorias propias o las de sus pares (la autobiografía o la biografía intelectual) de manera mucho más acusada de lo que lo hacen al estudiar a miembros de otros campos sociales. Sin embargo, un itinerario intelectual no es el corolario de un plan consciente diseñado de una vez para siempre, sino una sucesión de elecciones siempre situadas y condicionadas por un marco que no depende de la voluntad del individuo. La idea del autor que genera un sistema de pensamiento a lo largo de una trayectoria incondicionada, supuesto tan caro a la tradición filosófica, elimina el nexo que vincula elecciones y situaciones y olvida, desde el sesgo logicista que introduce, la necesidad de reconstruir el marco cultural, el espacio social y el espacio de oportunidades a las que se enfrentaba el autor en cuestión. Frente a esas lecturas, que rescatando a Ortega Moreno Pestaña denomina como «escolásticas», debemos recordar que «para comprender a un autor hay que analizar el surtido de problemas que se le presentan (no todos ellos intelectuales) y cómo estos se engarzan con su trayectoria social, política (pues ese es el marco que aquí nos interesa) e intelectual». Este programa, que José Luis Moreno cree posible identificar en el último Foucault y que cabe situar en el marco de lo que hoy se denomina como sociología de la filosofía, será el que el autor aplique para entender la trayectoria del propio Foucault.

En segundo lugar, ¿de qué manera se relaciona el universo intelectual —en este caso el filosófico— y el político? Se trata ante todo de una relación compleja en la que el punto de vista del analista resulta fundamental. Si nos interesamos por las tomas de posición política de Foucault hemos de recordar en primer lugar que Foucault era ante todo filósofo, no político. Esta afirmación en apariencia superflua resulta sin embargo fundamental pues recuerda el peligro de reducir la toma de posición de un intelectual a una mera oposición política entre derechas e izquierdas. La necesidad de pensar a Foucault en términos de un *ethos* filosófico irreductible a oposiciones políticas no lleva sin embargo a Moreno Pestaña a la postura opuesta —que supondría incomunicar ambos campos— sino a abrir la posibilidad de pensar dicha relación a partir de ciertas homologías históricamente cambiantes. El sentido que adquiere la forma en la que se coordinan las oposiciones políticas y filosóficas depende de coyunturas particulares.

Lejos de reducir al filósofo francés a una razón que opera exclusivamente mediante cálculo, el autor parece hacer suya la crítica de Marx a Hegel —a quien el de Tréveris acusaba de confundir la lógica de las cosas con las cosas de la lógica— y sitúa las elecciones de Foucault en el marco de esas coyunturas particulares. En definitiva, una subjetividad tema-

tizada en términos de un sentido práctico cuyas tomas de posición requieren, para ser entendidas, comprender cómo la experiencia vital del filósofo y sus expectativas se enfrentan, en un determinado marco generacional, a una combinación contingente de los tiempos específicos de la política y los ritmos particulares del mundo intelectual.

Este nudo gordiano que vincula historia incorporada con historia objetivada y marcos situacionales permite a Moreno Pestaña escapar de las hagiografías de Foucault y construir una biografía intelectual y política rica en matices que no escamotea ciertas tomas de posición «incómodas» o difícilmente comprensibles desde el paradigma hagiográfico; permite, en definitiva, dotar de sentido (práctico) a ese itinerario que lleva a Foucault del comunismo al socialismo liberal pasando por el gaullismo.

Quizás uno de los episodios más sugerentes y polémicos del libro —junto con los efectos de mayo del 68 en la trayectoria de nuestro autor— sea aquel en el que se estudia la relación de Foucault con un neoliberalismo en plena génesis durante la década de los setenta. Como culminación de su progresivo alejamiento de la tradición socialista y en el marco de la creciente despolitización que inundó la esfera intelectual —bajo determinadas condiciones, tanto la politización como la despolitización pueden ser requisitos de entrada en el centro de atención intelectual—, Foucault comenzó a juzgar de forma positiva algunas aportaciones de esta reedición del liberalismo, por ejemplo, ciertos supuestos antropológicos implícitos en la teoría (la subjetividad como fondo de recursos) o su contribución a la crítica y erosión de las sociedades disciplinarias. Ahora bien, advierte el autor, esto no hace a Foucault cómplice «de lo que vino después». De hecho, se nos recuerda cómo los espectaculares actos de constricción de algunos de sus contemporáneos —tan arrepentidos de su pasado izquierdista como entusiastas del nuevo statu quo— despertaron la reprobación del filósofo de Poitiers. Y es que frente a juicios maniqueos que dificultan la comprensión que debería preceder al juicio, es necesario situar en el contexto generacional de Foucault no solo su cuestionamiento de la capacidad de la tradición marxista para pensar la libertad sino su permanente preocupación —cosa que no hicieron otros— por mantener una crítica social que fuera realmente eficaz.

Una segunda dimensión que aborda el trabajo de Moreno Pestaña concierne al problema de cómo las aportaciones filosóficas de Foucault han contribuido a explicar el ámbito de lo político. El autor resulta claro al respecto: los análisis de Foucault han logrado ampliar nuestra concepción de la política, su marco de acción y la forma en la cual funciona y ejerce efectos sobre los individuos.

Este hecho significativo sobre el que hablaremos a continuación encuentra su condición de posibilidad en la formación de un *ethos* filosófico distintivo. Al reflexionar sobre los tipos de práctica filosófica indicativos de las disposiciones de un autor, José Luis Moreno ofrece un cuadro con cuatro posibilidades lógicas a partir de las oposiciones: la filosofía como actividad abierta o cerrada al exterior (a otras disciplinas, a otros universos intelectuales) y la filosofía como actividad unitaria o recurrente (cuando se considera que los acontecimientos filosóficos relevantes ocurrieron en una sola ocasión o no). La práctica filosófica de Foucault respondería en términos generales al modelo abierta-recurrente. En este ámbito se produce la posibilidad de conectar la filosofía con la política, pues «la filosofía sale de los textos calificados como filosóficos» y «los acontecimientos siguen dando motivos para la renovación de nuestro conocimiento, nuestros esquemas morales o nuestra sensibilidad estética». La estrategia de Foucault va a consistir en utilizar la filosofía para ampliar las fronteras de lo político a ámbitos hasta entonces despolitizados, dirigiéndose a un mercado extraacadémico y pluridisciplinar.

El itinerario que reconstruye Moreno Pestaña también puede considerarse una respuesta a esta cuestión. Bien podrían distinguirse al respecto cuatro grandes etapas en la trayectoria foucaultiana. En una primera etapa Foucault se movería en la línea de una crítica cultural de la civilización y de denuncia de sus efectos perversos. El estudio de la locura como anormalidad —aunque historiográficamente relevante, ubicado según el autor en el género literario de las profecías de salvación— vendría acompañado de una crítica de la clínica que remitiría a un cuestionamiento del estatus científico de las ciencias sociales y, finalmente, del anuncio de la muerte del hombre. Si bien esta línea ya había sido explorada por otros autores, los temas y la manera en la que Foucault la desarrolla se mostrarían relevantes para la innovación que introduciría en la etapa posterior.

Los efectos de mayo del 68 sobre el mundo intelectual resultan decisivos para entender el giro que Foucault imprime a su propuesta y que tendrá como resultado, ahora sí, una primera ampliación del ámbito de la política. Mayo del 68 introdujo la demanda de una audiencia mucho más amplia y politizada, en un momento en el que además Foucault se consagraba en el centro de atención de la escena intelectual francesa. Situado en el marco de las redes de extrema izquierda, Foucault comienza a interesarse de manera concreta por el problema del poder y la política, si bien a partir de las dos herencias de la etapa anterior: la crítica de la civilización y el intento de situar ese análisis político en sus fundamentos corporales. Esta línea se desarrolla por tanto en dos frentes: una analítica de la verdad y una analítica de la subjetividad. Foucault parte de la constatación de un hecho: la separación que desde Platón se ha producido entre la verdad y el contexto de poder en el cual aquella se emplea. Queda así una verdad hipócrita que, pese a presentarse desnuda, constituye una racionalización de intereses ulteriores (cabe la pregunta de si para Foucault todo saber responde a este modelo de verdad-poder; Moreno Pestaña defiende que no y que Foucault se está refiriendo fundamentalmente a las ciencias sociales). Por otro lado, Foucault se aventura en el estudio de la conexión entre cuerpo e historia para desarrollar la tesis de que el poder, antes que un sistema legal o una representación, constituye un mecanismo que funciona moldeando la experiencia íntima de los sujetos. Estas dos líneas de trabajo (verdad-poder y cuerpo-poder) se concretan en la crítica foucaultiana de la psiquiatría, una anatomopolítica, un saber seudocientífico que conforma un canon de prácticas de normalización de los individuos detrás de la cual no deja de latir el conflicto y la violencia. Desde este mirador, Foucault se introduce en el estudio de la sexualidad, donde descubre un ámbito particular en el que los encuentros, lejos de responder a un *leitmotiv* biológico o inconsciente, generan una dinámica de la cual puede apropiarse el individuo, en parte porque se generan relaciones de poder menos asimétricas que en otro tipo de encuentros. Esta oposición entre, podríamos decir, el paciente del psicoanálisis y el actor sexual constituye una plataforma clave para el posterior desarrollo de la reflexión foucaultiana sobre el poder.

Llegamos así a una nueva ampliación de la noción de política que tendrá lugar ya en los años setenta. Foucault, alejado de la tradición socialista, se preocupa ahora por los efectos perversos del sobrepoder del Estado y de diversos marcos institucionales que inexorablemente funcionan como entidades disciplinarias que aspiran a controlar la vida del individuo. Desde aquí, Foucault tematizará el problema del racismo y el biopoder: concebido el cuerpo social como un conjunto que debe ser regulado, se retoma desde el poder la idea de la lucha de razas —que anteriormente no tenía contenido biológico alguno— para identificar quiénes deben ser eliminados en bien de la salud del colectivo. El socialismo y el fascismo son para Foucault los casos que llevan esta biopolítica al paroxismo.

En el marco de los cursos del Collège de France, tras distinguir entre las sociedades disciplinarias y las de riesgo y comenzar su reflexión sobre el liberalismo clásico y el neoliberalismo, Foucault llega a la última etapa de su trayectoria intelectual, con la que concluye Moreno Pestaña en dos de los capítulos más sugerentes del libro. Este último Foucault, embarcado en el estudio de la ética clásica, vuelve a ampliar nuestra concepción de lo político al tratar el problema del cuidado de sí y vincularlo, esto es lo importante, al cuidado de los otros. Este nexo es la puerta de acceso a la libertad y la verdad y Foucault lo denota con su estudio de la *parresia* democrática griega (la palabra libre y auténtica) a la que es posible acceder solo a partir de un conjunto de condiciones en las que se anudan saber, ética y política cívica. Ocuparse de uno mismo queriendo vivir con arreglo a la verdad (la voluntad de vivir una vida verdadera) es la forma de intervenir libremente en los asuntos de la polis. Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones materiales de acceso a la palabra en la arena pública? Foucault, nos recuerda el autor, no nos dice nada al respecto.

Esta nota invita a introducirnos en la tercera pregunta a la que intenta responder José Luis Moreno a lo largo de su obra: ¿es posible reivindicar hoy desde la izquierda algunas de las aportaciones de Foucault? Bien podría argumentarse que el hecho de haber logrado ampliar nuestro horizonte de lo político, de haber politizado esferas hasta entonces ajenas a las relaciones de poder, constituye ya de por sí una aportación más que valiosa para la izquierda. Recordemos la caracterización de Antonio Campillo —que hace suya el autor— y que afirma que desde la Revolución Francesa «la tendencia a politizar las relaciones sociales ha sido una marca de identidad de la izquierda; la tendencia a asumir las desigualdades como datos naturales caracteriza a la derecha». Sin embargo —y este es el punto con el que me gustaría concluir—, José Luis Moreno añade un elemento importante que contribuye a enriquecer la cuestión de la utilidad de Foucault: desde una postura de izquierda el autor no escamotea el diálogo crítico y sereno con las tomas de posición del filósofo francés. Moreno Pestaña va revelando así a lo largo de su investigación no solo la utilidad de Foucault para la izquierda sino también sus limitaciones. Desafiando abusos hagiográficos de izquierda que convierten a Foucault en algo que no es, el autor no teme confrontar aspectos esenciales del pensamiento político foucaultiano: frente a la crítica a las ciencias sociales o la muerte del hombre, ¿no han demostrado aquellas, a partir de tomas de posición éticas y contextos institucionales adecuados, capacidad reflexiva y poder de emancipación?; frente a la crítica de toda práctica normalizadora, ¿cómo sería una sociedad donde la individualidad o la identidad no se sujeta a una responsabilidad hacia sí mismo y hacia los otros?; frente a la noción de libertad como crítica de la autoridad institucional, ¿no es necesaria cierta interferencia de las instituciones sobre nuestra vida individual porque precisamente esta aumenta nuestra libertad, nuestra capacidad para negociar sin miedo al otro?; sobre las virtudes de la antropología neoliberal, ¿no supone la introducción de la racionalidad económica y el cálculo en todas las dimensiones de la vida una normalización del individuo y amenaza, el régimen de competencia que implica, la paz colectiva?; y, finalmente, como señalábamos anteriormente en relación a la *parresia* democrática, ¿cuáles son sus condiciones sociales de entrada? ¿Qué requisitos materiales deben satisfacerse para acceder al uso libre de la palabra? Según Moreno Pestaña, este último Foucault y su reflexión sobre la democracia atiende quizá sea el que ofrezca mejores útiles para el desarrollo de una política de izquierda democrática que, sin embargo, no reniegue de principios y argumentos tradicionales como los que esgrime el propio autor en franco diálogo con el filósofo francés.

Alejandro ESTRELLA GONZÁLEZ